

Ya que Ubbo-Sathla es el principio y el fin. Antes de la llegada de Zhothaqquah o Yok-Zothoth o Kthulhut procedentes de las estrellas, Ubbo-Sathla habitaba en las bocas humeantes de la Tierra recién creada: era una masa sin cabeza ni miembros, que generaba las deformes salamandras grises que serían los primeros prototipos de vida terrenal. Y toda la vida de la Tierra volverá, de acuerdo con la tradición, a través del gran círculo del tiempo, a Ubbo-Sathla.

(Libro de Eibon)

Paul Tregardis encontró el vidrio lechoso entre un montón de curiosidades de muchos países y muchas épocas. Había entrado en la tienda del anticuario sin propósito alguno, excepto el de entretenerse con la distracción que siempre proporciona el curioso y manoseo de objetos dispares y acumulados. Al echar una ojeada poco entusiasta, le llamó la atención un resplandor opaco procedente de una mesa; por último, pudo rescatar la extraña piedra en forma de globo de su oscuro retiro entre un pequeño ídolo azteca bastante feo, un huevo de didornis fosilizado, y un fetiche harto obscuro tallado en madera negra del Níger.

El extraño objeto tendría el tamaño de una naranja pequeña, con los polos ligeramente achatados, igual que un planeta. Tregardis se sintió intrigado, ya que no era un cristal ordinario, puesto que presentaba una superficie opaca y cambiante, así como un resplandor intermitente en el corazón, como si por dentro se iluminase y se apagase a intervalos. Sujetándolo delante de la ventana, por donde penetraba la mortecina luz invernal, lo estudió durante un buen rato sin poder determinar el secreto de dicha intermitencia. En breve su intriga se vio complicada por una sensación vaga de familiaridad irreconocible, como si ya hubiera visto el objeto con anterioridad, pero en circunstancias que había olvidado por completo.

Recurrió al anticuario, un hebreo menudo que rezumaba él mismo antigüedad, dando la impresión de estar totalmente ajeno a las consideraciones comerciales, e inmerso en una maraña de ensueño cabalístico.

—¿Podría decirme algo sobre esto?

El vendedor se encogió de hombros, a la vez que arqueaba las cejas.

—Es muy antiguo; podría decirse que paleoegeo. No es mucho lo que puedo decirle, ya que es poco lo que sabemos. Un geólogo lo encontró en Grecia, bajo el cielo glacial, en un estrato micénico. ¿Quién sabe? Puede que perteneciera a algún mago de la Thula

primaveral. En épocas micénicas Grecia era una región caliente y fértil. No hay duda de que se trata de un cristal mágico, y cualquiera puede contemplar extrañas visiones en su corazón, si lo mira durante el suficiente tiempo.

Tregardis se sobresaltó, ya que la sugerencia aparentemente fantástica del vendedor le había recordado sus propias investigaciones en una rama de la sabiduría harto oscura, remitiéndole concretamente al Libro de Eibon, el más extraño y raro volumen de las ciencias ocultas olvidado hacía tiempo, y que según la tradición perduró a través de una serie de traducciones diversas desde el original prehistórico, escrito en el perdido idioma de Hyperbórea.

No sin gran dificultad, Tregardis pudo conseguir la versión medieval francesa —copia que había pertenecido a muchas generaciones de hechiceros y adoradores de Satán—, pero nunca pudo encontrar el manuscrito griego de donde salió dicha versión. El fabuloso y remoto original fue obra de un gran mago hyperbóreo, quien le había dado su nombre. Se trataba de una colección de mitos oscuros y densos, de liturgias, rituales e invocaciones esotéricas dedicadas al mal. A lo largo de sus estudios, un tanto extraños para cualquier persona corriente, Tregardis se había dedicado, no sin cierto temor, a la comparación del volumen francés con el terrible Necronomicón, del árabe loco Abdul Alhazred. Había encontrado numerosas correspondencias cuyo significado era tan negro como escalofriante, junto con muchos datos prohibidos que, o bien eran desconocidos para el árabe, o bien los había omitido él mismo... o sus traductores.

¿Era esto lo que había tratado de recordar —se preguntaba Tregardis—, la referencia breve y casual en el Libro de Eibon, a un cristal opaco que perteneciera al mago Zon Mezzamalech, en Mhu Thulan? Evidentemente, era demasiado fantástico, demasiado hipotético, demasiado increíble; pero Mhu Thulan, esa parte septentrional de la antigua Hyperbórea, parecía haber correspondido más o menos con la Grecia actual, que a su vez estuvo unida como península al continente.

¿Sería posible que la piedra que tenía en la mano, por un maravilloso azar, fuera el cristal de Zon Mezzamalech? Tregardis se sonrió para sí mismo, con una ironía interna, ante la idea de concebir semejante consideración absurda. Esas cosas no solían ocurrir, por lo menos en el Londres actual; por otro lado, lo más probable es que el Libro de Eibon no fuese más que una mera fantasía supersticiosa. No obstante, había algo en el cristal que seguía atrayéndole, y terminó por adquirirlo a un precio bastante moderado.

El vendedor pronunció una cifra y el comprador la pagó sin regateo alguno.

Con el cristal en el bolsillo, Paul Tregardis regresó inmediatamente a sus habitaciones, en vez de continuar su paseo. Instaló el blanquecino globo sobre su escritorio, donde se posó sobre uno de sus lados planos. Entonces, sonriéndose aún ante su propio

absurdo, tomó el amarillento manuscrito de pergamino con el Libro de Eibon de su sitio, entre una colección de literatura rebuscada. Abrió la cubierta de cuero bermellón con cerrajes de hierro mohoso y leyó para sí mismo, traduciendo del francés antiguo el párrafo referente a Zon Mezzamalech:

Este mago, poderoso entre los hechiceros, había encontrado una piedra nublada, con forma de orbe y achatada por los lados, en cuyo interior se podían contemplar muchas visiones del pasado terrenal, retrocediendo incluso hasta el principio de la Tierra, cuando Ubbo-Sathla, la fuente no concebida, se extendía vasta e hinchada, germinando entre el fango humeante. Pero de lo que él contemplara, poco dejó escrito Zon Mezzamalech; y la gente cuenta que desapareció inmediatamente después, en forma desconocida, perdiéndose entonces en el cristal nublado.

Paul Tregardis dejó a un lado el manuscrito. Una vez más, sintió que había algo que le atraía y le intrigaba, algo parecido a un sueño perdido o una memoria condenada al olvido. Movido por un sentimiento que no se detuvo ni a interrogar ni a escrutar, se sentó ante la mesa y comenzó a contemplar intensamente el interior frío y nebuloso del globo. Experimentó una expectación que, de alguna manera, le era tan familiar, tan inherente a su consciente, que no tuvo ni que definírsela a sí mismo.

Permaneció sentado minuto tras minuto, contemplando la luz intermitente y misteriosa que brotaba del corazón del cristal. Lentamente, y sin darse cuenta, le invadió una sensación de dualidad ensoñadora, con respecto a su persona y a su entorno. Seguía siendo Paul Tregardis, y al mismo tiempo otra persona; la habitación era la de su apartamento londinense, pero también una recámara de otro lugar extraño pero hartamente conocido. Y desde ambos sitios contemplaba intensamente el mismo cristal. Después de un prolongado intervalo, y sin sorpresa alguna por parte de Tregardis, se completó el proceso de reidentificación.

Supo que Zon Mezzamalech era un mago de Mhu Thulan, así como un estudiante de todos los conocimientos anteriores a su propia época. Sabio en secretos terribles pero desconocidos para Paul Tregardis, estudioso aficionado a la antropología y ciencias ocultas en el moderno Londres, deseó adquirir un conocimiento mayor y más terrible aún por medio del cristal nublado.

Había comprado la piedra en circunstancias dudosas y en un lugar bastante siniestro. Era una pieza única, sin paralelo alguno en ningún sitio ni en ninguna época. Se creía que todo lo ocurrido en la historia del mundo a través de los años estaba reflejado en sus profundidades, revelándose a quien la contemplase recientemente. Y a través del cristal, Zon Mezzamalech soñó con recuperar la sabiduría de los dioses que habían muerto antes de que naciera la Tierra. Habían pasado el vacío sin luz, dejando inscrita su sabiduría en tablas de piedra ultraestelar; dichas tabletas quedaron bajo la custodia del demiurgo deforme, primitivo e idiota, llamado Ubbo-Sathla.

Así, sólo mediante el cristal podría Zon Mezzamalech encontrar las tablas y leerlas. Era la primera vez que ponía a prueba las famosas cualidades del cristal. Se encontraba en una cámara cuyas paredes estaban cubiertas con paneles de marfil, y donde se acumulaban los libros e instrumentos de magia, visión que se apreciaba en medio de una consciente nebulosa.

Ante él, sobre una mesa de alguna madera oscura de Hyperbórea grabada con cifras grotescas, el cristal se hinchaba y se hundía visiblemente, mientras que en su nublada profundidad proyectaba una serie de escenas difusas que se esfumaban como burbujas de jabón. Como si contemplase un mundo de verdad, las ciudades, los bosques, las montañas, los mares y las praderas se sucedían bajo él, encendiéndose y apagándose como si estuvieran sujetos al paso de los días y de las noches en una corriente de tiempo muy acelerada.

Zon Mezzamalech se había olvidado de Paul Tregardis, perdiendo conciencia incluso de su propia entidad y entorno en Mhu Thulan. A cada momento, la visión fugaz que se reflejaba en el cristal se hacía más definida y distinta, mientras que el propio globo se hacía denso hasta marearle, como si mirase desde una altura insegura a un abismo insondable. Sabía que el tiempo retrocedería dentro del cristal, desenrollando para él las imágenes de todos los días pasados; pero pronto se apoderó de él una alarma extraña, y no se atrevió a seguir su contemplación.

Como si hubiera estado a punto de caer de un precipicio, dio un respingo y se retiró del globo misterioso. Ante sus ojos surgió otra vez el gran mundo vertiginoso en que se había zambullido como si fuera un cristal pequeño y nublado, que se posaba sobre su desgastada mesa en Mhu Thulan. Entonces, y progresivamente, tuvo la sensación de que la gran habitación con paneles esculpidos de marfil de mamut disminuyese para convertirse en otra estancia más reducida y sucia; y Zon Mezzamalech, perdiendo su sabiduría sobrenatural así como sus poderes mágicos, retornó, mediante una regresión extraña, a la persona de Paul Tregardis.

Pero al parecer no pudo volver del todo. Entre mareado y asombrado, Tregardis se encontró ante el escritorio donde depositara la esfera achatada. Sentía la confusión de quien ha soñado y todavía no se ha despertado del todo. La habitación le intrigaba en cierto modo, como si el tamaño o la decoración hubiesen cambiado; por otro lado, su recuerdo de la compra del cristal al anticuario se mezclaba extrañamente con la impresión de haberlo adquirido de muy distinta manera. Experimentó la sensación de que le había pasado algo muy extraño al mirar dentro del globo, si bien no podía recordar exactamente de qué se trataba. Lo único que le quedaba era una especie de atontamiento psíquico, parecido al que suele producir una porción de hachís.

Se aseguró a sí mismo que en efecto no era otro que Paul Tregardis, que vivía en una determinada calle de Londres, y que el año era 1933. Pero dichas verdades tan prosaicas carecían en ese momento de validez y significado, ya que tenía la sensación

de estar flotando en un mundo de sombras e insustancial. Las paredes parecían temblar como el humo; la gente de la calle eran los fantasmas; y él mismo no era más que una sombra perdida, un eco errante de algo olvidado hacía mucho.

Decidió no repetir el experimento de contemplar el globo de cristal. Los efectos eran demasiado desagradables y confusos. Pero al día siguiente, movido por un impulso irracional ante el cual se rindió casi mecánicamente, sin esfuerzo alguno, se encontró sentado delante del poderoso globo. Una vez más se convirtió en el hechicero Zon Mezzamalech, de Mhu Thulan; una vez más soñó que recobraba la sabiduría de los dioses premundanos; una vez más se retiró del profundo cristal víctima del miedo de quien teme caer; y, de nuevo, volvió a ser Paul Tregardis, si bien con menos claridad que la vez anterior.

Tregardis repitió tres veces la misma experiencia a lo largo de los días subsiguientes, y en cada ocasión, tanto su persona como el mundo que le rodeaba se fue haciendo más tenue y confuso. Sus sensaciones eran las de un soñador que está a punto de despertar, y el propio Londres le parecía tan irreal como los países que surgen entre sueños, retrocediendo en una niebla densa y una luz nublada. Ajeno a todo, experimentó la opresión de grandes visiones, desconocidas y a la vez casi familiares.

Era como si la fantasmagoría del tiempo y del espacio se disolviese a su alrededor, con el fin de revelarle una realidad palpable, u otro sueño de espacio y tiempo. Por fin llegó el día en que se sentó ante el cristal y no regresó como Paul Tregardis. Fue el día en que Zon Mezzamalech, desobedeciendo insolentemente advertencias perversas pero poderosas, decidió superar su miedo lleno de curiosidad y dejarse caer en el mundo visionario que contemplara, miedo que hasta entonces le había impedido seguir la corriente en retroceso del tiempo. Se hizo ver a sí mismo que si algún día quería leer las tablas perdidas de los dioses no le quedaba más remedio que superar su propio miedo.

Sólo había contemplado algunos fragmentos de los años de Mhu Thulan inmediatamente posteriores al tiempo presente; es decir, los años de su propia vida, y entre estos años y el Principio se extendían ciclos inestimables.

El cristal volvió a intensificarse una vez más ante sus propios ojos, reflejando escenas y acontecimientos que se sucedían en una corriente retrospectiva. De nuevo, se borraron las cifras mágicas de la mesa oscura, mientras que las paredes talladas mágicamente se derritieron en sus sueños. Una vez más, se mareó víctima de un vértigo fatal al inclinarse sobre los torbellinos en los terribles golfos del tiempo, dentro del globo con forma terráquea. Preso de terror, y a pesar de su decisión, se hubiera retirado, pero ya era demasiado tarde, pues era mucho lo que había visto.

Tenía la sensación de una caída abismal, como si fuera arrastrado por vientos desatados, por torbellinos que le llevaban a través de inestables visiones de su propia

vida pretérita, empujándole hacia eras y dimensiones anteriores al mundo; la sensación de sufrir los dolores de un cambio irreversible, hasta que dejó de ser Zon Mezzamalech, el sabio e instruido observador del cristal, para formar parte integrante de la extraña y veloz corriente que se apresuraba por regresar al Principio.

Sintió innumerables vidas, la sensación de de morir muertes fantásticas, olvidando en cada ocasión las vidas y las muertes previas. Luchó como guerrero en batallas semilegendarias; existió como niño jugando entre las ruinas de una antigua ciudad en Mhu Thulan; por último, fue el rey que reinó durante el apogeo de la ciudad, así como el profeta que presagió la construcción y la caída de la misma. Fue mujer llorando a los muertos perdidos en una necrópolis derruida; antiguo mago susurrando encantamientos sencillos, propios de hechicería primitiva; sacerdote al servicio de un dios prehumano, forjando el cuchillo de sacrificios en templos excavados en cuevas y con pilares de basalto. Vida a vida, era a era, retrocedió los largos y condensados ciclos por los que atravesara Hyperbórea desde su estadio de salvajismo hasta el de civilización.

Se convirtió en un bárbaro perteneciente a una tribu troglodita, deslizándose desde los hielos lentos y picudos de la primitiva era glacial hasta los países perpetuamente iluminados por las llamaradas de los volcanes. Entonces, después de innumerables años, dejó de ser hombre y pasó al estadio de semibestia depredadora, habitando en bosques de helechos y arbustos gigantes, entre las ramas de los poderosos tilos.

Había alguien —o algo— que a través de eones de sensaciones anteriores, de pasión primitiva y de hambre, de un terror y una locura aborígenes, seguía retrocediendo en el tiempo.

La muerte se convirtió en nacimiento, y el nacimiento en muerte. A lo largo de una visión lenta de cambio, la tierra parecía deshacerse, descender de las colinas y montes hasta los estratos ulteriores. El sol se agrandaba y se hacía más caliente sobre los pantanos humeantes que exultaban con una vida más intensa, con una vegetación más frondosa. Y lo que en sus tiempos fuera Paul Tregardis y Zon Mezzamalech, ahora formaba parte de toda la monstruosa evolución.

Voló con las alas con forma de garra de un pterodáctilo, nadó por los mares tibios con el cuerpo gigantesco y retorcido de un ictiosaurio, rugió salvajemente a la enorme luna que ardía a través de nieblas liásicas, con la claveteada garganta de un arcaico hipopótamo.

Por último, después de eones de brutalidad inmemorial, se convirtió en uno de los perdidos hombres reptiles que elevaron sus ciudades de piedra volcánica y lucharon sus venenosas guerras en el primer continente del mundo. Caminó ondulante por calles prehumanas y bajo bóvedas extrañamente retorcidas; contempló las primeras estrellas desde elevadas torres de Babel, y se inclinó ante los grandes ídolos-serpiente,

recitando letanías silbantes. Regresó a través de los años y años de la era de los anfibios, como algo que se arrastraba en el fango, y que aún no había aprendido a pensar, a soñar y a construir.

Y llegó un momento en que ya no hubo continente, sino un enorme y caótico pantano, un mar de fango, sin límites ni horizonte, que rezumaba vapores amorfos.

Allí, en el gris amanecer de la Tierra, la masa deforme de Ubbo-Sathla reposaba entre el fango y los vapores.

Sin cabeza, sin órganos y sin miembros, segregaba por sus costados porosos, con un movimiento ondulante y lento, las formas amébicas que serían los arquetipos de la vida terrestre. Era algo horrible, si se hubiera podido captar el horror; y desagradable, en caso de que existiera capacidad de aversión y desagrado. Sobre dicha masa, destacando en medio del barro estaban esparcidas las poderosas tablas de piedra estelar donde había quedado escrita la inconcebible sabiduría de los dioses anteriores al mundo.

Y allí, hacia la meta de una búsqueda olvidada, fue arrastrada la cosa que había sido —o que sería en ocasiones— Paul Tregardis y Zon Mezzamalech. Al convertirse en un ente deforme y primitivo, se arrastró desdeñoso y olvidadizo por encima de las tablas caídas de los dioses, y luchó y se peleó ciegamente con los seres que segregaba Ubbo-Sathla. No existe ninguna mención referente a la desaparición de Zon Mezzamalech y su propia persona, excepto el breve párrafo en el Libro de Eibon.

En cuanto a Paul Tregardis, también desaparecido, apareció una noticia corta en varios periódicos londinenses. Nadie parece saber nada acerca del mismo; se fue como si nunca hubiera existido; y al parecer, el cristal ha desaparecido igualmente; por lo menos, nadie lo ha encontrado.